

**PALACIOS BAÑUELOS, L.:** *El franquismo ordinario*. Madrid: Editorial Akron, 2011, 515 pp.

Uno de los grandes hallazgos de la teoría contemporánea de la interpretación, remarcada por G. Gadamer en su gran obra sobre la hermenéutica *Verdad y método* (trad., Salamanca, 1977), ha sido rastrear la realidad de nuestro presente en el poso o sedimento que la historia deja en él. Un poso del pasado en modo alguno inactivo sino operante de forma eficaz en la configuración del ahora. Un pasado que explica en buena parte el presente y cuyo historiar consiste no solo en *narrar*, sino sobre todo en *comprender* (pp. 13-14). Esta es, a mi modo de entender, una de las ideas-fuerza que inspira el sólido libro *El franquismo ordinario* (diciembre, 2011) del catedrático de Historia Contemporánea y director del Instituto de Humanidades de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, Luis Palacios Bañuelos.

En su choque frontal contra los idealismos y formalismos decimonónicos a causa del olvido de estos —cuando no menosprecio— hacia el mundo concreto de la vida cotidiana, la *Fenomenología*, madre de la hermenéutica, sin complejo alguno ante la civilización tecnocientífica, salió en defensa de las *Humanidades*, acuñando un eslogan que adquirió notoriedad a lo largo del siglo xx: *retorno a las cosas mismas*. Pero, ¿dónde se encuentran las cosas mismas? Era la pregunta que los dos filósofos quizás mas importantes del siglo xx, E. Husserl, fundador de la *Fenomenología*, y M. Heidegger, creador del *Existencialismo*, trataron de responder en el agitado periodo que discurre entre la 1.<sup>a</sup> y la 2.<sup>a</sup> guerras mundiales. Y las respuestas que dieron coincidían en parte y en parte discrepaban: Las *cosas mismas* se encuentran en el *mundo de la vida cotidiana*, respondía aquel. En el entorno inmediato que constituye *mi circunstancia*. Y el segundo remachaba la misma idea en un lenguaje tan exotérico como desesperanzado: las *cosas*

*mismas* se encuentran en la *facticidad de ese mundo* en donde el hombre existe, empeñado en proyectos sobre la propia existencia a sabiendas de que todo proyecto está abocado al fracaso. En ambos casos, por tanto, se descartaban las ideologías románticas o postrománticas, tanto de izquierdas como de derechas, que ahorman la realidad, arriesgando su verdad, a esquemas preestablecidos.

El periodo de la historia de España que el libro del Prof. Palacios presenta coincide cronológicamente con el surgimiento de la forma mental aludida y sintoniza con ella en una actitud fundamental: releer la realidad sociopolítica del Franquismo bajo el prisma de *las cosas mismas*, más allá de las ideologías y de los estereotipos convencionales. El título del libro lo indica: *Franquismo ordinario*. Es decir, el poso sociocultural del mundo concreto vivido por la sociedad española en ese periodo de su historia. O con palabras del autor: «una forma de ver y de vivir la vida cotidiana, un precipitado sociológico que acuña una época» (p. 20). Una herencia, un poso que pervive en usos y costumbres en forma de *Background*, frecuentemente anónimo y no explicitado y que el historiador pretende que aflore a la superficie del recuerdo soslayando amnesias. Y desfilan en tal escenario ante nuestros ojos problemas políticos, acontecimientos, personajes e instituciones: una guerra civil cruel, el ten con ten de Franco en la alternativa Eje-Aliados durante la II Guerra Mundial y la salida por la tangente de la División Azul (pp. 299 y ss.), la suerte corrida por los «vencidos» de la guerra civil (pp. 231 y ss.), la pervivencia de las «dos Españas» en vencedores y vencidos, las reformas económicas y los intentos reformistas, la sucesión de Franco y el papel de Carrero Blanco (pp. 426 y ss.), la descolonización del Sahara... Cuarenta años de historia de un régimen carente de ideología sólida y amalgama de una serie de *ismos* difusos: nacionalismo, militarismo, catolicismo, y de *antiismos*: anticomunismo, antiliberalismo,

antianarquismo... Y unos eslóganes arcaizantes: Patria, Dios, Imperio, o nostálgicos: ¡España una, grande y libre! Con la Falange escenificando liturgias filofascistas (pp. 110 y ss.) y una Jerarquía Católica presidiendo procesiones y portando palios (pp. 167 y ss.). Con un protagonista paternalista, aferrado al poder y con voluntad de redentor: el Caudillo Franco (pp. 148 y ss.).

Al patrimonio de la interpretación hermenéutica contemporánea pertenecen tres grandes categorías: 1) la vida como experiencia histórica; 2) el contexto sociocultural como lugar de esa experiencia; 3) el diálogo como revalidación social y descarte de subjetivismos individualistas. Son los tres ingredientes de la *verdad histórica*. Los hechos mostrencos, en ese caso, adquieren matices relevantes y contornos movedizos encogiendo o ensanchando sus márgenes en los recovecos de las cosas vividas.

Ortega y Gasset acuñó una de las palabras de mayor calado y notoriedad de su filosofía: *la vivencia*. Con ella no solo acertó en la traducción del correspondiente término (*Erlebnis*), usado por el teórico de las ciencias históricas G. Dilthey, cuyos frescos socioculturales le producían admiración y que sugirieron al Maestro madrileño su primer modelo de hacer filosofía: *el raciovitalismo* o maridaje entre razón y vida. Y es que la historia, con antelación a conceptualizarse en Idea (Hegel) o en materia socioeconómica (Marx) es *vida de la humanidad* que se deposita en la cultura cotidiana que el historiador narra en relatos, recogiendo las vivencias de quienes los han vivido. Respecto a nuestro asunto, el libro del Prof. Palacios convierte a la vivencia en fuente fecunda de la historia que relata. En primer lugar la vivencia personal de quien narra. Hacemos historia porque somos historia, decía el napolitano Vico y con ello, como remarcarían en el siglo xx Dilthey y Ortega y Gasset, la historia es autobiografía de cada uno de nosotros y *biografía* de la humanidad. Por eso, para el filósofo madrileño puede ser organizada por *generaciones*. El autor cumple con

creces y páginas tal supuesto, en los personales recuerdos del Burgos de la infancia (pp. 86 y ss.)...

Así las cosas, la estrategia a seguir viene dada en forma de diálogos y entrevistas con un número cualificado de personajes que *vivieron* esa historia en situaciones y compromisos diferentes y a veces opuestos: St. G. Payne, que vive la historia como lo que es: un historiador de raza (pp. 174 y ss.); Mercedes Sainz-Bachiller, compromiso social del régimen y creadora del Auxilio Social (207 y ss.); S. Carrillo (pp. 240 y ss.), con su turbulento liderazgo del Partido Comunista durante más de cuatro décadas; J. Velarde, economista, falangista reformista y eximio humanista del franquismo (pp. 258 y ss.); R. Tamames, activista antifranquista en la universidad, sociólogo prestigioso y converso a muchos credos (pp. 279 y ss.); historias vividas por divisionarios de la División Azul y del Maquis en el Norte y en el Sur de la atormentada geografía de nuestra España (299 y ss., 275 y ss.). Todo un mosaico de historia vivida con aquella carga de *expresionismo del sujeto*, según la también expresionista etiqueta que utiliza J. Habermas para estos casos. Expresionismo aquejado a menudo de subjetivismo emotivo y por ello necesitado de ser purgado de su carga de individualismo solipsista. Recurrir en tal situación al diálogo dando entrada a múltiples, diversas y divergentes vivencias de la historia permite evacuar las tentaciones de pensamiento unidimensional, dejando que prevalezca una razón social y sociológica purgada de cualquier dogmatismo.

El análisis del *franquismo ordinario* se alimenta de una observación minuciosa de su contexto sociopolítico. Es la perspectiva que proporciona aquella *circunstancia de mi yo* que Ortega y Gasset incluía en lo que cada uno somos y concepto con que el filósofo madrileño había traducido en este caso la categoría husserliana tardía de *mundo vivido* (*Lebenswelt*). Tal categoría serviría para pautar en décadas posteriores la exitosa *sociología cultural* —mal

llamada *Etnometodología*— arraigada en los EE. UU. y que remarcaba las pautas de lo que es relevante para un análisis sociocultural. Al contexto del franquismo ordinario, en ese caso, pertenece como *relevante* la figura de Franco: el Caudillo, su carrera militar y política, la tibia mediocridad del personaje. Y su creación: el franquismo. Con tres grandes componentes en sus orígenes: militarismo, Falange de las JONS y Nacionalcatolicismo (pp. 72 y ss.). Régimen político pobre en creatividad, con un mal copiado ingrediente ideológico fascistoide y con las «dos Españas» como problema endémico irresuelto. Con un juego de lenguaje que reproduce aquel mundo: cruzada, camarada, ¡arriba España!, nuevos nombres para las calles... Y una relectura escorada de nuestra historia en la perspectiva interesada de un régimen que pretende legitimarse rememorando viejos mitos.

En la intención del autor el libro está destinado a un gran público. Confirma tal intención su estilo, sus características formales, su temario, su lenguaje. Un esfuerzo constante por alcanzar la objetividad que acredita a la verdad histórica y la libera de aquellas orejas que, al decir de uno de nuestros clásicos, hacen pisotear la misma senda estrecha al asno que da vueltas en torno a la noria. Al retornar a las *cosas mismas*, el *franquismo ordinario* adquiere rango de categoría hermenéutica, con alto poder heurístico para descubrir y remarcar aspectos inéditos de nuestra reciente historia. El franquismo es comprendido e interpretado en sus manifestaciones cotidianas, dejando que las cosas aparezcan tal cual fueron sin forzar su significado con presupuestos ideológicos. El resultado es un magnífico fresco histórico tan abundante en detalles como intenso en colorido. Un libro magnífico que sin duda avivará el interés de las nuevas generaciones por un pasado que dejó un sedimento aún operante en nuestro presente. Por todo ello nuestra enhorabuena al autor y nuestro agradecimiento a la Editorial.

J. M.<sup>a</sup> G.<sup>a</sup> Gómez-Heras